

miento de la tierra; cual primero fué Galileo proclamando esta verdad; cual primeros fueron Kepler y Newton descubriendo las leyes que llevan sus nombres; cual primero fué Colón descubriendo nuestro continente; cual primeros, en suma, han sido todos aquellos espíritus que han inventado y que han descubierto lo que ningún otro había inventado ó descubierto, así primero en la consolidación del humano espíritu, destacándose elevado sobre todos los primogénitos humanos, tiene que haberse presentado indudablemente alguno de los seres sensibles, pensantes y conscientes que surgieron en la evolución ascensional de los tipos constituyentes del más *viejo sistema planetario*. Este espíritu *proto-humano* ha sido, evidentemente, el Brahma indio, el Fta egipcio, el Júpiter Olímpico de griegos y romanos, el Jehová de los hebreos, y el Padre Celestial de Jesús. Este ser, pasando por los diferentes grados de su propio progreso, ha tenido inconcusamente que ofrecer variadas fases. Con sabiduría orgullosa, se dejó incensar, se creyó de naturaleza divina, como de naturaleza divina se han creído algunos monarcas terrestres —Rómulo, entre otros varios— y en tal momento, el Emperador Celestial se indignaba, lleno de soberbia contra sus súbditos que no querían ser abyectos en lo absoluto. Intolerante, anatematizaba y castigaba; amoroso, prodigaba el amor orgulloso del señor para el siervo. Por último, verdadero sabio y verdadero moralista, pero todavía con ínfulas de *paternidad divina*, envió á nuestro planeta á su hijo predilecto, al sublime Jesús, y éste, aunque con reticencias, preparó el terreno para el implantamiento de la verdad, dejando vis-

lumbrar el hecho positivo de nuestro común origen, de nuestra solidaridad y de nuestra comunión grandiosa en el seno de la perfección, anunciándonos en su Evangelio que, **ASI COMO EL ERA UNO CON SU PADRE, ASI NOSOTROS SERIAMOS UNO CON ELLOS.**

Más aún, es de creerse que á la venida de Jesús, los espíritus supra-terrestres, primeros en el desarrollo de su humanización, ya tenían la conciencia de su común y natural origen, como elementos increados, desarrollados y perfeccionados que salieran de la madre común: *la esencia absoluta*; pero impedía la proclamación de esta verdad, la monstruosa imperfección de la tribu terrenal, asida tenazmente á la idea candorosa y primitiva de lo divino.

¿Cómo aquellos ignorantes y orgullosos doctores judíos habrían podido llevar una verdad que hoy encuentra tantas y tan tenaces resistencias, no obstante el concurso poderoso de las ciencias naturales y de la filosofía evolutiva, elementos ni siquiera soñados por los doctores de Israel? ¿Ni cómo la humanidad, hace diez y nueve siglos, habría admitido unas doctrinas que identificaran el origen de todos los hombres con el origen del Padre Celestial, cuando la abyección de la ignorancia y del miedo no pudo llevar las doctrinas de amor contenidas en las enseñanzas de Jesús, y las tornó en doctrinas de iniquidad, de terror y de odioso fanatismo, bajo el dominio nefando de abominable catolicismo?

En los tiempos presentes, la vieja monarquía divina se desploma y habrá de ceder el puesto, quiérase que no, al poder democrático de la humanidad adulta que protesta de seculares aristocráticos privilegios, procla-

mando la igualdad ante el común origen de la universal familia humana; mas en este punto sucede que, así como en la tierra los más recalcitrantes cortesanos, bajos, viles, abyectos, rastreros y miserables para con su monarca, pero soberbios y altaneros con los humildes, constituyen el más tenaz apoyo del absolutismo y rémora odiosa para el triunfo democrático, así, igualmente, los cortesanos *celestiales*, encarnados y desencarnados, con tenaz empeño, violando los fueros de la razón, de la justicia y del amor, siguen con torpe adulación sosteniendo la *monarquía divina*.

Los místicos metafísicos que ahora más recalcitrantes se muestran para sostener con *bendito miedo* el candoroso dogma del origen divino, han de haber sido en anteriores existencias los abyectos cortesanos que odiosos y repugnantes se ofrecen en la Historia.

Habrán sido los cortesanos de Cambises, entre los cuales se distinguió Presaspes su favorito, quien una vez se permitió decir al monarca: "*Admiran las grandes cualidades que posees, mas al mismo tiempo te censuran por abandonarte al vino.*"—El tirano entonces, después de haberse embriagado, hizo que le llevaran á un hijo de su favorito, lo colocó á distancia, tomó el arco, disparó la flecha y atravesó con la saeta el corazón del niño. Enseñándole al padre le dijo: *¿Acaso me tiembla el pulso?*

El monstruoso cortesano, acallando en su alma los sentimientos más puros y sublimes de la paternidad, contestó:

Ni el mismo Apolo lo hubiera hecho mejor.

Habrán sido los cortesanos de Calígula, humillados

vilmente por él hasta hacerlos comer en compañía de su caballo *incitatus*.

Habrán sido los cortesanos de Luis XIV á quien le sacrificaban honor, mujer é hijas.

En suma, habrán sido los cortesanos de todas las épocas; grupo odioso que engendra á los tiranos y que á veces hace de un humilde republicano un soberbio César.

Sí, yo advierto afinidades entre los cortesanos terrenales y los cortesanos *divinos*. Dificilmente encontraréis un cortesano abyecto que no sea un beato deísta: (*) quienes tan miserables se muestran para con los despotas, no es raro que extravíen los fueros de la razón, del amor y de la justicia, conciliando un poder absoluto y divino, con el cúmulo de crueldades que se derivan de la inconciencia con que obran las fuerzas primitivas é imperfectas de la Naturaleza.

Como el sentimiento místico está constituido por elementos afinísimos, de ignorancia, de miedo, de abyección, de vanidad y de orgullo, aquí veo cómo esta última pasión habrá de sublevarse en el ánimo de los deístas y me lanzarán furibundos anatemas y las más severas reconvenciones diciéndome que, con *odiosa insolencia*, combato sus creencias, para las cuales debería yo tener respeto.

¡Respeto! ¿Y á quién?

¿Al monstruo odioso del error?

¡No; mil veces no!

La verdad, vilipendiada, escarnecida, abatida, perse-

(*) Esto, sin afirmar lo contrario, quiere decir: todo cortesano abyecto es generalmente deísta, pero no todo deísta es un cortesano abyecto.

guida, amordazada durante la secular monarquía del terror supersticioso, ya se siente estremecer en su noble afán, ya quiere protestar ¡y protesta! en defensa de sus fueros; ya no quiere disimular, ya no quiere ocultar su faz, ya no le satisface el lenguaje tímido: el verbo tiene sus palabras verdaderas, que expresan clara y concisamente las ideas; necesita llamar imbécil al imbécil, abyecto al abyecto, fanático al fanático, orgulloso al orgulloso, é hipócrita al hipócrita.

¿Respetos para el absurdo que ha engendrado ídolos, que ha erigido altares para el sangriento culto, que ha perpetrado fieras hecatombes, que ha construido cárceles, que ha inventado instrumentos de tormento, que ha alzado patíbulos y que ha encendido hogueras?

¿Respetos al candoroso dogma que ultraja los fueros de la razón, del amor y de la justicia?

¡¡No; infinitamente no!!

La verdad está ya harta de monstruosos absurdos y de hipócritas mogigaterías; tiene que levantar su voz pese á quien pesare ¡y levantarla alto, muy alto! para que la escuchen hasta los mismos sordos.

La verdad, ahogada por el negro humo de la hoguera *inquisitorial*, hoy se huelga gozosa, respirando con delicia el ambiente purísimo de libertad que se respira en nuestro virgen suelo de América, do la democracia extiende sus dominios.

La verdad ya no quiere más respetos para la imbecilidad, para la maldad y para la hipocresía.

¡No más respetos criminales que amamanten el *statu quo!*

Hay que galvanizar al secular monstruo del absur-

do mítico. Hay que ductilizar el rebelde monolito del fanatismo *divino*, y esto no se alcanza derramando el agua tibia de hipócrita moderación, aconsejada por el miedo y por los torpes convencionalismos sociales. Es necesario, pues, emplear inducciones eléctricas de gran potencia; hay que pedirle al idioma sus más enérgicas dicciones; es necesario lanzar frases que obren cual catapultas; afirmaciones expansivas, cual dinamita, é impugnaciones tempestuosas, como el rayo!

¡Que todo aquel en cuyo cerebro alumbre ya la luz de la verdad, exenta de las viejas sombras del deísmo mítico, y no anhele con torpe y vanidoso empeño colgarse los oropeles y los chillones cascabeles que dan los convencionalismos sociales, que eleve su voz para derribar el vacilante edificio del mundo antiguo, para demoler sus muros, aniquilar sus restos, borrar sus huellas, limpiar el terreno y colocar los cimientos sobre los cuales se levante enhiesto, magnífico é imponente el edificio del progreso, que habrá de recibir en su recinto á las generaciones nuevas del siglo veinte!

¡Que nuestros hijos vivan al calor benéfico del amor sublime, exento de terrores y de mogigaterías, y que nutran su cerebro con las irradiaciones soberanas de la sabiduría, eliminada del candoroso dogma *divino!*

Felizmente la verdad, con sus poderosísimas energías múltiples, siempre fulgura en más extensas zonas. ¡Ay de aquellos que incautos, soberbios é insensatos oponen aisladores! la energía se acumulará, y cuando no alcancen á contenerla los condensadores, éstos estallarán pulverizando á quienes opongan resistencias.

En resumen diré, que las poderosas inducciones ló-

gicas, que apoyadas en datos positivos he venido estudiando, nos conducen á esta conclusión: *Desde que la humanidad existe, con ella ha existido también una providencia inteligente, cuya acción ha sido relativa y progresivamente perfecta; relatividad que se deriva del adelantamiento que han ido alcanzando los seres que primero entraron á la jerarquía humana.*

Esta proposición la afirma y robustece la siguiente consideración: La humanidad en su infancia no podía haber creado símbolos que entrañaran fondo de trascendental verdad con relación á lo simbolizado, y cuya verdad comienza ahora á manifestarse evidente; por tanto, es inconcuso que existieron los datos empíricos y positivos que engendraron la confusa y mal comprendida síntesis que en forma intuitiva aparecía ante la imaginación de los primitivos pensadores.

Además, para los adeptos del espiritismo ante quienes la autoridad de las comunicaciones no es un mito—como les parecerá sin duda á los materialistas de *espiritu fuerte* (!)—les expondré, pues, á aquellos, como hecho que confirma mis proposiciones, la afirmación de un espíritu que está reconocido como uno de los que más poderoso impulso dió á los trabajos de Allan Kardec, y el cual se dió á conocer con el nombre de Erasto: recuerdo, pues, que en una de sus más notables comunicaciones, manifiesta que el reconocimiento de la ley de solidaridad es relativamente nuevo, no solamente en nuestro planeta, sino que también en el Universo; pues dice, que esa gran ley de la solidaridad de la gran familia humana, la cual constituye esta máxima sublime: *“Todos para uno y uno para todos” ya se hacia*

extensivo su reconocimiento á todos los mundos de nuestro sistema solar, para de ahí difundirse á todos los mundos de la inmensidad.

(*El Espiritismo en la Biblia.*)

Pero he aquí que el implantamiento de esta magna verdad encuentra ahora resistencia tenaz por parte de la tribu terrenal, que aferrada á las oscuras y cándidas lucubraciones de la Teología y de la Metafísica, no quiere asimilarse la esplendorosa luz de la ciencia, que todo lo alumbraba con fulguraciones sublimes de verdad.

Las irradiaciones que el foco soberano de amor y de sabiduría—constituido por la humanidad perfecta—llegan á incidir al cerebro del místico, no compenetran su caótico cráneo, do se albergan las tinieblas de abyecta superstición.

Quizás el Ser Proto-Humano, primer representante de la Humanidad-Dios; condensador prepotente de acumulada energía intelectual y afectiva; *Padre natural*, y no *divino*, de la familia humana, pugna ahora por repartir un capital que el espíritu niño rehusa admitir.

Ese Ser Proto-Humano, núcleo de amor y de sabiduría, en ondas infinitas irradia su luz envolviendo el absoluto total, y cada ser, según el momento presente de su desarrollo, así recibe sus inducciones, alimentándose de aquella luz para favorecer el desarrollo de su propia *radical increada*, para alcanzar, más tarde, *ser también* espíritu de luz propia, representante de la Humanidad-Dios, cual lo es, sin duda, el *Padre Celestial* de Jesús *que quiere seamos perfectos como lo es YA él.*

Ahora bien, yo pregunto: ¿Quién es el ateo? ¿quien

racionalmente cree en una causa primera, radical increada de la inteligencia, del amor y de la conciencia, que se desenvuelve en progresión perfeccionadora, creando individualidades persistentes, que en culminante jerarquía llegan á ser condensadores de energía intelectual y afectiva, la cual irradia en ondas infinitas envolviendo el absoluto total y sirviendo de providencia á sus hermanos inferiores en el desarrollo de su humanización; quien de tal manera tiene constituida su creencia, pregunto, es el ateo, ó bien el que cree en un *fantasma sobrenatural*, extraño al Universo y con atributos divinos, caprichosos y antojadizos.....?

CONCLUSION.

LA INTOLERANCIA QUE SIRVE AL PROGRESO, ES BENEFICIOSA.

Sed arrogante é impetuoso para con los lobos, pues de lo contrario os devorarán.
Caed de hinojos, derramando llanto generoso y tierno, para besar con labio trémulo la orla del manto que lleva la virtud.
(De mis "Pensamientos Filosóficos," inéditos).

Cosa singular es en verdad, contemplar cómo aquellos que más intolerantes se muestran para con las proposiciones de la Filosofía moderna, son los que aconsejan á toda hora la tolerancia.

Podría decirse que su principio es el siguiente:

"Déjame ser intolerante para con las proposiciones modernas que amenazan destruir mis tradicionales creencias, y en cambio, tú sé tolerantísimo para conmigo, respetando profundamente mis dogmas y mis supersticiones."

Tristísimo porvenir se le esperaría al progreso de la humanidad, si, ya en el orden social, ya en el político, ya en el filosófico, ya en el científico, no se tuviera á la